

6.a.m

Siempre me ha gustado descansar mirando al horizonte, mientras los últimos rayos de sol se topan con mi piel sin que apenas pueda sentir su calor.

Hoy, como cada día, vuelvo al mismo parque con las mismas personas, momentos antes de la puesta del sol. Estos momentos, simplemente, me hacen feliz, me dan paz, me transmiten todo lo que necesito sentir. Aunque el frío viento se entremete por los pocos trazos de piel no cubierta, mis ojos se centran en el paisaje anaranjado y de forma intermitente los ojos de la persona que tengo a mi lado y, que al encontrarse con los míos dibuja una sonrisa nerviosa haciendo que el corazón me dé un vuelco. Mis oídos perciben el sonido del viento, el ruido de la ciudad y la risa de mis amigos. Mis manos tocan la rugosa madera del viejo banco que frecuentamos, con la cabeza llena de ideas sobre las terribles noticias que azotan al mundo.

Vuelvo a casa percibiendo el nerviosismo de las que parecen calles pacíficas.

Son las diez de la noche, es hora de dormir.

[...]

Se ilumina cada esquina de mi oscura habitación, se escucha un estruendo, acompañado de gritos escalofriantes.

Miro suspicazmente el teléfono, que reposa en la mesita. Son las 6:00 de la mañana. Todo ha comenzado. Tengo miedo de no volver a escuchar risas viendo el atardecer.